

¡Tú no me cuentes tus penas y yo no te contaré las mías!

Ángel Moreno



## Capítulo 1



Un viernes por la tarde, en la oficina, Rosario Bravo comenzó a decir cosas imaginativas. Jimena la miró por encima de la pantalla del ordenador, pensando que las inesperadas palabras de Rosario, no eran para ella. En las oficinas pasan esas cosas. Alguien se pone a charlar y las palabras, no tienen un destino ni son para nadie en concreto. Rosario dijo cosas tan sorprendentes, como que había comprado un pintalabios con sabor a coco caribeño y «por eso, no paro de pasarme la lengua por la

boca. Parece que me quiero comer los morros».

Con el tiempo, Jimena llegó a la conclusión que los viernes por la tarde, Rosario era otra persona. Se comportaba de otra manera y era especialmente dulce y alegre. Puede que fuera por la cercanía del fin de semana, pero lo cierto es que ningún otro día ni en otro momento, se comportaba de igual forma. Algo similar le sucede a Sonia, la chica de tesorería. Acercarse a Sonia los martes o jueves, no es aconsejable. Por el contrario, los lunes, «puedes pedirle la luna que, ¡seguro que te la da!, si está en su mano», contaba Jimena a Pedro, el chico de recepción, que la escuchó sin mucho convencimiento.

Hay quien cree que en las oficinas todo se comparte, pero no es cierto. Las oficinas están llenas de islas y cada una, oculta secretos que a veces, se pudren con la humedad del silencio.

En realidad, Jimena hizo un descubrimiento estúpido: las personas son diferentes y todas, tienen peculiaridades. ¡Eso lo sabe todo el mundo! Por muy estúpido que fuera el descubrimiento, a ella le servía para acercarse a una u otra, en el momento adecuado. Cosa muy útil, sobre todo, si tienes que pedir un favor. Los favores, en la sabana salvaje de la oficina, son imprescindibles. Por eso pensó que esta misma fórmula, debía funcionar con el gran jefe, el tipo que manda más que nadie en la oficina. Nunca tuvo necesidad de pedirle nada, pero eso es un suceso inevitable que tiene los días contados por el destino. Al destino le gusta el juego y le vuelve loco el azar, así que el inevitable momento, llegó.

El hombre que más manda en la oficina, es un tipo elegante, delgado, de cabello espeso, voz de jefe y mirada adiestrada en el arte de la adivinación. Un tipo que puede dejarte fregado, con la primera palabra que salga de su boca. Estudiando al sujeto, averiguó que el mejor día para sentarse delante del hombre que más manda, era el miércoles, y la mejor hora, las seis de la tarde. En cualquier otro día y hora, el fracaso corría más que la victoria.

A las seis menos cinco minutos del miércoles elegido, Jimena se levantó de la silla de trabajo. Antes de abandonar la sala encendió la luz y después de escuchar el clic del interruptor, uno de los tubitos fluorescentes en el techo, dudó si encenderse o no. El tubito tembló haciendo un ruido extraño: «¿Qué te pasa a ti? ¡Más vale que busques otro momento para estropearte! Hoy, no es tu día ni hora».

Jimena cruzó el laberinto de mesas de oficina hasta llegar al despacho del hombre que manda. Llamó a la puerta. Entró, saludó, y fue invitada a sentarse delante de la mesa del hombre que más manda, ¡al menos en la oficina!

—Buenas tardes. Quería pedirle permiso para cambiar el turno de trabajo. Tengo a mi madre enferma y...

—¡Vale vale! Perdona que te interrumpa Jimena, pero hagamos una cosa: itú no me cuentes tus penas y yo no te contaré las mías! Si tienes que cambiar los turnos, habla con tus compañeros. Por mí no hay problema.

Jimena salió del despacho inquieta. ¿Había ido bien o mal? Algo le metió aquel tipo por las orejas que la dejó con el alma en vilo: «Tú no me cuentes tus penas y yo no te contaré las mías». ¡A lo mejor el día y la hora escogidos no eran los correctos! Puede que algún asunto inesperado modificara la regla general, transformando el miércoles en un día poco favorable. «¿Yo le he contado mis penas?». La duda se extendió en su mente, como la negra tinta de un calamar huyendo en un mar se sopa de letras.

Después de rumiar lo sucedido un buen rato o tal vez toda la tarde, llegó a una conclusión: «¡Qué demonios! Debí entrar, informarle que voy a cambiar mis turnos y fin de la historia. Ahora no tendría la cabeza llena de tinta de calamar. ¡Además tiene razón! Mis penas le importan lo mismo que a mí las suyas: ¡una mierda!».

Eso fue en febrero. En junio, el hombre que manda se trasladó de oficina y de ciudad. Se lo llevó otro hombre que manda mucho más y que habita en una oficina de otra ciudad. Un ser sin imagen al que Jimena conoce solamente por su voz telefónica. El hombre que manda, ¡o que más mandaba en la oficina hasta ese momento!, se fue después de una breve despedida, sin explicaciones, dejando el despacho vacío. De vez en cuando telefoneaba o aparecía convertido en correo electrónico por la pantalla del ordenador. El puesto de jefe que manda más que nadie en la oficina, quedó vacante durante tanto tiempo, que germinaron las semillas del olvido. Después, una plaga de bichos con muchos nombres, pero con el mismo apellido, infectó el aire de la oficina con un veneno irrespirable: ¡la ponzoña de la crisis!

La carcoma de la crisis se comió sillas y mesas. La plaga devoró el laberinto de cuadrados de madera y lo dejó convertido en un vacío pasillo rectangular. Sillas y mesas, se fueron a vivir a un sótano y sus ocupantes, salieron por la puerta para no regresar nunca. Lo que antes era un mar de islas, ahora parecía una roca lunar.

El ritual del adiós casi siempre era el mismo. Primero sorpresa, después miedo, algo de silencio y una despedida falsa que prometía un mejor futuro, cuando el futuro, no tiene palabra. De esta forma llegó el último día para Rosario y poco después, Sonia se fue por el mismo amargo camino. Momentos temidos que, por repetitivos, fueron vaciando los espacios uno a uno. Nunca antes, Jimena sintió tanto miedo: «¡Ahora sí que soy una isla!». Estaba tan sola, que cada mañana saludaba a su

mesa y silla, como si estuvieran vivas: «¡Buenos días! Aún seguimos aquí. Estamos hechos de lo mismo: hierro y madera. ¡Resistiremos!».

Jimena sobrevivió, aunque a veces, creía estar criando pompas de óxido metálico en la piel. Unas escamas parecidas a burbujas de gaseosa. ¡Nada preocupante!, al fin y al cabo, era de hierro y madera.

Aunque sintió soledad y miedo, decidió aguantar o resistir los malos tiempos como fuera. Si alguna vez caía en la debilidad de buscar otros oídos a los que contar lo que estaba padeciendo, superaba el trance recordando las palabras del antiguo jefe: «Mejor no cuento mis penas a nadie, no sea que luego me cuente las tuyas».

Después de un tiempo interminable, (¡porque los bichos de la crisis convierten el tiempo en eterno!), el hombre que manda más que ningún otro, al que sólo conocía por su voz telefónica, le regaló un ascenso. La escalada fue corta, pero una superviviente tan notable, alcanzaría cumbres más altas en poco tiempo. Además, el ascenso olía a ropa apolillada, porque no quedaba casi nadie en la oficina a quien mandar nada. Incluso pensó que la ascendieron para ahorrarse el sueldo de un verdadero jefe o simplemente, por mantener la oficina abierta. Si no hacía algo y pronto, la soledad se la comería cruda. Coexistía con la sospecha de un futuro muchas veces vivido. Un futuro que se lleva las mesas y sillas, ¡al sótano!: «¡Mierda! Estoy vendida».

El temor a perder el empleo, la llevó a estudiar minuciosamente la situación de las otras oficinas de la empresa, en la misma ciudad. Para evitar un futuro agrio tramó un plan: poco a poco, hablando con el hombre que manda más que nadie por el teléfono, lo convenció para que cerrara otras oficinas y trasladara el personal superviviente a la suya. «Ésta es la oficina mejor situada y más económica. ¡Además me lo merezco! Lo he pagado con mi hierro y mi madera».

¡La jugada salió bien! Jimena, ahora, es la mujer que manda, ¡o que más manda!, en la renovada oficina.

Donde antes habitó un jefe delgado y elegante, ahora mandaba ella. Las mesas retornaron a su lugar. Volvieron las sillas y con ellas, rostros desconocidos. Los recién llegados le contaron que era más vieja. Un descubrimiento ratificado por el espejo que colgaba de la pared del despacho que, por primera vez, ella ocupaba. El espejo habló con algunas fotos del pasado, ocultas en el bolso de calle. ¡La charla fue breve!: «Me hago mayor. ¡Es lo que hay! ¿Qué ha pasado con el tiempo? ¿Dónde está el pasado? ¡En fin!, tampoco me voy a contar mis propias penas...», dijo mirando al cristal que todo lo copia.

Al poco tiempo y sin hacer nada extraordinario, comenzó a experimentar el fenómeno de las visiones fantásticas. Un proceso

paulatino y preocupante, en el que la oficina, se convirtió en un zoológico o en una selva.

Los tres chicos de administración que ocupaban tres mesas juntas, al final del pasillo, se transformaron en hormigas. Agitaban las antenas de la cabeza y tenían los mismos movimientos nerviosos de los insectos. A un par de metros, Marta, era una jirafa. El cuello estirado, vestimenta llamativa y, sobre todo, la mirada... Marta mira como las jirafas. Ojos observadores, pacíficos pero atentos. ¡Incluso mueve la boca como las jirafas!, cuando saca del cajón de la mesa, el aperitivo de media mañana.

Manuel, el chico de tesorería, es un hipopótamo. ¡No por gordo!, es que de vez en cuando se levanta de la silla desplazándose lentamente. Después de un corto paseo, regresa a su lugar y ya no se mueve en horas y horas. Parece un hipopótamo sumergido en el agua dulce de un río africano.

Jimena no podía evitarlo. ¡Incluso era divertido! Nada más entrar en la oficina, la gente mudaba de aspecto. De la visión de la familia de chimpancés, (un grupo de cuatro vendedores), a un par de elefantes, un tigre y un león. Éste último, nunca hacía nada, ¡pero era intocable! Asesinaba el tiempo dando órdenes que los demás obedecían e incluso, le bastaba un gesto para recomponer el orden de la oficina, cuando la manada perdía la compostura.

Los mamíferos son llamativos y bellos, pero los insectos le dan asco. Una aversión que contiene devolviendo una sonrisa prefabricada. ¡Y no hay pocos! Amalia, su secretaria, es una mantis religiosa, con las fuertes patas delanteras constantemente erguidas. Nadie se le acerca demasiado. Algo parecido sucede con Adrián, el chico de recepción. ¡Adrián es una abeja! Las abejas atraen, si rondan o se posan en una flor. Por el contrario, todos las rehúyen en cuanto retoman el vuelo. Adrián más que peligroso es un plomo. ¡Como las abejas!, que no se alejan de uno ni a manotazos. Pero aún sufría peores visiones.

Conversando por teléfono con el hombre que manda más que nadie, ¡el que le ayudó en su ascenso!, visualizó a una araña. Lo imaginó colgado de un hilo de su propia telaraña, en lo más alto del despacho, que seguro debía ser muy lujoso, rodeado de plantas y maderas exóticas, sumergido en un ambiente húmedo y asfixiante. Un enorme cuerpo negro con una mancha amarilla en el abdomen, peludo, con cien mil ojos en la cara, moviendo las ocho patas lentamente. Si las arañas hablaran, lo harían igual que él. A un ritmo medido, pausado, firme, seguro. El hombre que más manda fabrica seda, ¡pero también veneno!

Las visiones fueron consolidándose. ¡La oficina era un zoológico! Cerrando los ojos, ¡sólo con escuchar las voces!, la fauna se alumbraba en su cabeza con hogueras de indígenas difusos. Jimena pensó que

posiblemente ella misma tenía forma animal, ¡uno de aspecto potente! El día que se asomó al espejo de la oficina, deseando ver la imagen de un animal poderoso y noble, no vio nada. Esperaba ver una leona o un gorila de lomo plateado, ¡pero nada! «La del espejo soy yo. ¡Igual soy el cuidador de todos los bichos! También puede que se me esté descomponiendo el cerebro, pero entonces no me vería en el espejo y me veo tal como soy, algo más vieja. ¡Es lo que hay!».

El desasosiego lo alcanzó cuando los chimpancés pidieron audiencia a través de la mantis religiosa. Los hizo esperar a propósito, ¡dos horas!, para que no se creyeran importantes. Hay que tener cuidado con los chimpancés, porque si les das confianza te agarran del cuello. Pese al tiempo de la espera, entraron agitados, hablando todos a la vez y dando explicaciones ininteligibles.

—¡Vale, no sigan! Esto es muy sencillo. Ustedes no me cuenten sus penas y yo no les contaré las mías. Vuelvan por donde han venido y resuelvan los problemas. ¡Tengan cuidado con lo que hacen! Si hay algo sencillo en un zoológico, es cambiar unos monos por otros.

Los pobres vendedores salieron del despacho impactados. «¿Nos ha llamado monos?» No volvieron a molestar jamás...

Jimena lo dijo sin pensar. En aquel momento sintió que era una verdadera jefa, curtida por la experiencia y con los actos reflejos de un veloz guepardo. Caminó hasta enfrentarse a la imagen del espejo: «¡Ya lo tengo! Soy una domadora y esto no es un zoológico: ¡es un circo! Al fin y al cabo, todas las oficinas tienen algo de circo». Tal vez por eso sufría de visiones solamente dentro de la oficina. Entrar en la oficina era como penetrar en la carpa de un circo. La prueba es que, al salir, todos recuperaban la forma humana. Por eso dedujo que no podía estar trastornada, porque los locos ignoran la enfermedad y ella, reconocía que algo no funcionaba correctamente. Por otro lado, dormía, descansaba y se alimentaba bien. La vida cotidiana no contenía alteraciones extrañas, excepto cuando entraba en la oficina. Entonces, monos, elefantes, jirafas e insectos, le decían educadamente: «¡Buenos días doña Jimena!».

El suceso con la familia de los chimpancés se repitió con el león. La culpa la tuvo Marta, la jirafa, que siempre anda pidiendo favores. Eso ocasionó que el león, caminara hasta el despacho de Jimena, buscando el apoyo adecuado para bajarle el cuello a la jirafa. El león era algo inhábil en el arte de la observación y el aprendizaje, a la hora de buscar el día y la hora más convenientes, para afrontar un desafío. Por eso Jimena lo vio venir como un papagayo, en lugar de un león.

—¿Crees que estoy aquí para resolver tus problemas? Te diré algo: tú no me cuentas tus penas y yo no te contaré las mías. Habla con Marta y

arregla tus asuntos. No se puede ser león y papagayo a la vez.

El león salió perturbado del despacho, con la cabeza gacha, el rabo entre las patas y la lengua colgando. Nunca supo si Jimena le dio permiso para repartir zarpazos o lametones. Tampoco volvió a molestar nunca más.

Una tarde, entró por el ordenador un mensaje inquietante. El antiguo, delgado, huesudo y elegante jefe; ¡el que marchó tiempo atrás!, regresaba. Con la noticia también regresó el miedo, que era solamente de Jimena, puesto que el resto de los habitantes del circo, no lo conocían. «¡Qué injusticia! Me he dejado el pellejo aquí para nada. Ahora regresan al que se fue que, además, manda más que yo».

El día que Jimena fue a recibirlo, quedó petrificada. ¡Incluso hizo el gesto de frotarse los ojos!, al encontrarse frente a una hiena famélica. Un animal consumido con el pelo descolorido. Jadeaba y se movía con dificultad. La mirada profunda, oscura, ¡tan infinita!, que a Jimena le tembló la mano sin saber si alcanzaba otra mano o la pata del fiero animal. Por mucho que lo intentó, no pudo cambiar la imagen de la hiena, por la del hombre elegante que un día tuvo de jefe.

(fin parte 1) Ángel Manso ©2015